

Capítulo

I

Hipatia, noble Hipatia! ¡Oh tú, la mejor entre las mujeres! ¡Cuidate de los hombres, de su mundo y, sobre todo, de su poder!

—Escúchame, anciana, ¿por qué me vuelves a hablar así otra vez? ¿Por qué te has dirigido a mí de esta manera y me has prevenido, tantas veces, desde que yo era tan sólo una niña y vivía con mi padre Teón, junto al canal de Nearco, al oeste de Alejandría?

—Tu futuro está escrito no únicamente en las estrellas, como el de nosotros todos, sino que también lo está en los hechos y prodigios del mundo y sus moradores —contestó la anciana, haciendo caso omiso de la pregunta de Hipatia y recitando como si fuera el corifeo de una tragedia griega.

—Anciana, no respondes a mi cuestión —replicó Hipatia, muy inquieta, alzando el volumen de su voz.

—¡Guárdate del poder de los hombres! —prosiguió imperturbable la anciana, con voz severa—. Porque ellos no quieren que las mujeres sean iguales a ellos... ¡Cuidate de los hombres, puesto que ellos no van a consentir que mujer alguna alcance ni su poder ni su libertad!

—Pero ¿por qué me hablas así, de qué peligros me quieres avisar, qué es lo que me acecha, qué sabes tú de mi futuro? ¡Contéstame de una vez, maldita vieja agorera! —gritó la filósofa perdiendo los estribos, observando las cuencas vacías de los ojos sin vida de la anciana.

Ésta se mantuvo en silencio, mirando la nada, durante unos instantes, al cabo de los cuales prosiguió inconvencible.

—Contestarte no puedo, porque nada más conozco... Revelarte los misterios que no vislumbro tampoco está en mi mano... Tan sólo me está permitido, porque es la razón de mi existencia, avisarte sobre el peligro que se va escribiendo en el libro de tu vida... Ni siquiera tu cambio de actitud ante el peligro alterará ni mi esencia ni mi realidad...

—Tu anuncio me llena de congoja.

—No es aflicción lo que pretendo traer, sino testimonio...

—¿Testimonio de qué?

—De tu destino.

—¿Qué destino?

—El que deseas evitar.

—Tal vez lo consiga —contestó Hipatia desorientada, tras unos segundos de silencio.

La anciana ciega hizo una mueca.

—Dijo una vez el sabio Selene: «Del destino y de nosotros mismos no podemos escapar, pues no existe tierra suficiente donde nos podamos refugiar».

—Anciana, tú, adoptando una y mil formas distintas, aunque yo siempre sabía que eras tú, me llevas atormentando durante años con tus revelaciones y predicciones —gritó Hipatia muy agitada, mientras un sudor frío perlaba su frente una vez más y era presa de escalofríos incontrolables, producto de un terror viscoso y demasiado familiar—. Ser infernal, tú me llevas advirtiéndome a lo largo de los años acerca de mi trágico sino el cual únicamente evitaré si tengo cuidado con los hombres.

—Guárdate del poder de los hombres, pues es muy terrible y dañino... —continuó la anciana, reiterando el parlamento que se repetía siempre desde hacía años, tantos como su existencia—. Sólo el varón es capaz de causar a la mujer los más pavorosos y crueles dolores y padecimientos.

—Es horrible, es como hablar sola... O peor aún, es como platicar con un muro de indiferencia —musitó Hipatia con el alma encogida.

—Hipatia, mujer sabia, repara en que la palabra es, de todo lo humano, lo que en mayor medida desencadena la mayor oposición del hombre, su ira más espantosa y su furia más destructiva y perniciosa —continuaba la anciana ciega, impertérrita—. Por ello, tú, que eres la mujer de la palabra, cuídate de tus palabras... Pues has de saber que todos los que hablamos somos presos de nuestras palabras.

—¿Quieres decir con ello que debo censurar mis críticas al poder del obispo cristiano de Alejandría?

—Yo sólo digo que la palabra no dicha y que queda en nuestro interior mal puede ser nuestro verdugo.

—Es decir, las palabras matan —argumentó Hipatia, animada por la controversia que mantenía por primera vez con la anciana.

—Tú lo has dicho... Pueden ser causa de muerte.

—Pero, anciana, repara en que las palabras son fuente de vida.

La fantasmagórica visión hizo una mueca.

—Hipatia, tú cuídate de tu palabra... Puesto que la palabra que toma vida propia puede arrebatar la vida de quien la creó... Como un humano que mata al dios que le dio la vida.

—Pero la libertad de expresión... La verdad... —intentó argumentar Hipatia.

—Aunque sabia, demuestras ignorancia supina acerca del mundo que te rodea.

—Explícate —exigió la maestra de filosofía neoplatónica.

—Ni el poder, ni la ira, ni la fuerza respetan la verdad si les es adversa. Y bien al contrario, la aborrecen si expresa lo contrario de lo que esos tiranos necesitan o desean.

—Únicamente la verdad nos hará libres, explicó Sócrates... —dijo débilmente Hipatia, comenzando a sonreír.

—Cuidado con la falsa alegría... —espetó la agorera al reparar en la sonrisa de Hipatia.

—¿Y qué es la falsa alegría, anciana?

—Aquella que nos trae dolor.

La maestra se quedó mirando en silencio a la vieja intentando, una vez más, leer en su rostro y sus cuencas vacías de vida para encontrar las claves del entendimiento de lo indescifrable de su presencia.

—Hipatia, si no te cuidas de la palabra, hasta el mar enviará sus conchas para que seas muerta —espetó con voz siniestra la vieja.

—¿Hasta el mar? —inquirió Hipatia extrañada ante la nueva revelación.

—Así es... Junto a la tierra y el aire... Entre los tres te perderán.

—Ahora sí que ya no entiendo nada sobre mi final —confesó desesperanzada Hipatia, a quien, como persona de ciencia y razón, los acertijos, la magia y las predicciones aburrían y desorientaban, ya que desconocía las claves de su actividad.

—Ciento y un dedos de cristal, de porcelana, de brillante azulejo y de conchas marinas tomarán tu envoltura terrenal, la desgarrarán y la convertirán en ciento y un trozos de ti, que serán esparcidos por el suelo, el viento y el cielo para tu perdición —auguró como final la anciana, desapareciendo, como por ensalmo, en la penumbra de la estancia.

—Una vez más vuelves a disiparte, anciana infernal, junto con tus augurios del profundo averno —exclamó Hipatia incorporándose en su lecho sudando, alterada y rodeada por la oscuridad que envolvía su habitación—. Anciana demoniaca, habitante del Hades, ¿cómo puedo saber si tu presencia es cierta o sólo es vana ilusión de mis sentidos? ¿Cómo conocer si perteneces al mundo de Morfeo, y por tanto te he soñado, o por el contrario son los vivos quienes te cortejan y acompañan? Maldita pregunta repetida ciento y una veces.

Hipatia se levantó de la cama, miró a su alrededor y se dirigió hacia la ventana de la estancia, recorriendo, acto seguido, la cortina de cuero que impedía penetrar a la luz.

—Está amaneciendo, mas la luz del día no conseguirá iluminar la tiniebla que envuelve esta vivencia repetida e indeseada —dijo hablando sola y en voz alta para ahuyentar los miedos que la acechaban.

«Amanece», pensó para sí, y de repente se acordó de los versos del poeta:

«Amanece, y despierta el alma dormida.
Amanece, y nuestra conciencia es expulsada
del dulce refugio que es el sueño.

Amanece, y perdemos el gustoso abandono
de nuestra razón en brazos del olvido
y la inconsciencia del reino de Morfeo.

Amanece, y volvemos a ser nosotros.
Amanece, y alguna ilusión renace.
Amanece, y todas las obligaciones
y cargas reaparecen...
Amanece y perece la lánguida inacción
que mantiene a la razón suspendida...».